

# CULTURA Y PATRIMONIO EN EL SIGLO XXI

MANUEL MUÑOZ IBÁÑEZ\*

*Académico de Número*

## INTRODUCCION

Uno de los mayores atractivos del pensamiento contemporáneo es la inestabilidad –como ámbito abierto para la intervención– en la que se sitúan sus debates. Son numerosas las cuestiones que hoy en día se nos plantean con el desafío de una revisión constante y entre ellas las relacionadas con el espacio de la cultura son especialmente significativas, porque se hallan insertas en un mundo interconectado en el que las capacidades de relación y de influencia adquieren una inédita extensión.

Considerada en un sentido amplio, la globalización no es un fenómeno exclusivo de la transición secular que estamos experimentando, porque a lo largo de la historia, con estrategias distintas, se extendió por grandes territorios del planeta proyectada desde las sociedades hegemónicas hacia aquellas más inermes o debilitadas. Globalización fue la romanización en la Europa del Imperio o la penetración de las doctrinas y de los modos de vida occidentales entre los pueblos del continente americano. Sin embargo a pesar de desarrollar frecuentes aspectos negativos, derivados de la destrucción de las culturas, las secuencias globalizadoras también han sido capaces de aportar consecuencias positivas, especialmente en aquellos casos en los que a través del paso de los tiempos sus inicios agresivos permitieron la posibilidad de su intrínseca evolución, dando lugar a una mixtura cultural progresivamente integrada.

La reedición en nuestros días, de este fenómeno, a través del mercado global y de las estrategias comunicadoras propias del siglo XXI tiene potenciales sumamente peligrosos hacia las minorías culturales afectadas por una mayor fragilidad, pero también alcanza determinadas virtudes, como pueden serlo la capacidad para extender la necesidad y la exigencia

de los derechos humanos en todo el mundo, al mismo tiempo que permite la extensión de la información y del conocimiento a sociedades subdesarrolladas y sirve para demandar responsabilidades desde lugares distantes, incluso también a aquellas sociedades dominantes, que desde la opulencia, alcanzan a conocer con una precisión insospechada las carencias y las necesidades del llamado, precisamente por su precariedad, el “tercer mundo”. La globalización, pues, al mismo tiempo que posee un potencial de seducción sumamente agresivo y manipulable, extiende sobre los poderes hegemónicos un mayor cúmulo de incumbencias insoslayables.

Es tal el estado de conciencia acerca de estas cuestiones y su importancia en el ámbito concreto de la cultura, que precisamente durante este mismo año se está desarrollando en la UNESCO la conferencia sobre interculturalidad en el ámbito de la interconexión en el que nos encontramos –de cuyo capítulo español personalmente formamos parte– y que en su conjunto pretende la preservación de los valores culturales de aquellos colectivos que debido a las nuevas circunstancias, se encuentran en una situación especialmente frágil y subsidiariamente amenazada.

Ante este nuevo y apasionante reto se nos plantean determinadas cuestiones sumamente importantes, entre ellas aquella que nos sirva para definir lo que, en el ámbito contemporáneo entendemos por “cultura”. Aunque es un concepto que todo el mundo asume de un modo implícito, no ha sido fácil de objetivar, fundamentalmente porque en el último tercio del siglo XX se ha visto enriquecido

\* Discurso de ingreso como Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, en acto celebrado el día 14 de junio de 2005.

con la incorporación de nuevos criterios surgidos precisamente en virtud de la extensión del respeto hacia los valores compartidos. En 1982 se celebró en México D.F. la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (MONDIACULT) que aprobó y difundió una extensa definición de la cultura en el mundo moderno que ha gozado de un prolongado reconocimiento: "La cultura puede considerarse como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias". Es decir un marco en el que aquellos valores "inmateriales", incluidos aquellos de naturaleza espiritual o afectiva, alcanzan una significación determinante.

Sin embargo el ámbito situacional en el que este conjunto de apreciaciones se desarrolla es sumamente complejo. Porque también, durante las últimas décadas del siglo XX hemos asistido al desarrollo de nuevos modos de entender el "hecho" cultural que han afectado a lo que podemos entender como "experiencia". Sabido es que la disposición individual hacia la percepción, la condiciona, y en esta disposición intervienen diversos factores, desde el adiestramiento acerca de la materia de la que se trate, a la legitimidad que se le conceda; camino imprescindible para la configuración de una sucesión de "expectativas" como sustratos predisponentes para la consecución de un determinado estado de relaciones que conduzcan a la intervención sobre la propia consciencia. De ese modo, entretanto durante las últimas décadas estamos asistiendo a aquella nueva y más extensa definición de los referentes culturales, paralelamente se nos presenta una transformación en la percepción de sus significados, desplazados de sus propios orígenes y evaluados por medio de parámetros que les son ajenos, alcanzando lo que en el ámbito del pensamiento se ha venido a determinar como propio de la "sociedad del espectáculo" en la que los valores se confunden con las apariencias.

Los mecanismos a través de los cuales se alcanzan estos objetivos son un conjunto de estrategias trivializadoras, que pueden ser muy variadas, pero todas ellas, sin embargo, confluentes en cuanto a su finalidad. En unos casos se trata de que la cultura quede integrada en el tiempo del ocio como una alternativa cualitativamente semejante a la de un

espacio meramente lúdico. En otras a que se vea profundamente afectada por el medio a través del cual se nos presenta y por último a que sea diseñada para sernos presentada convertida en una hiperrealidad que distorsiona con su hiper-presencia el verdadero sentido de los contenidos; de tal suerte que se configura en un ejercicio elaborado para que a través de su verosimilitud incapacite a la experiencia para provocar un estado crítico con potencial para inferir en la consciencia y consecuentemente en la transformación del mundo.

De este modo "lo espectacular" se configura en un supuesto "valor" mensurado con argumentos distintos a aquellos propios de su propia naturaleza, desplazando al "hecho cultural" de su verdadero sentido, como experiencia que permitiese el desarrollo del propio individuo. Cuando la cultura se transforma en espectáculo puede, sin embargo, concitar a un gran número de concurrentes, pero al mismo tiempo que esto se produce, no ejerce sobre ellos sino un efecto de ocupación aligerada, alcanzada sin esfuerzo e inserta durante el tiempo del ocio, sin que ello sirva para la transformación de su consciencia.

Con mucha frecuencia asistimos a exposiciones en las que el número de sus visitantes se convierte en el principal objetivo, con independencia de aquellas relaciones que entre los objetos y aquellos se establezcan. Colecciones importantes se fragmentan e itineran sin más objetivo que el aumento de su prestigio y el rendimiento económico que se deriva de ello, entretanto los contenidos espirituales o las experiencias implícitas de las obras quedan desplazadas por el conocimiento de sus montantes económicos o por su rareza inserta en el espectáculo de la propia colección que se presenta. De este modo la obra de arte se convierte en la "imagería" de sí misma, en su propia réplica, entretanto desaparece ante nuestros sentidos el conjunto de sus auténticos contenidos.

La utilización espectacular de la cultura es uno de los mayores peligros que actualmente se nos plantean porque definitivamente distancia su razón de ser, trasladándola hacia posiciones no naturales cuya reiteración convierte al individuo en un ser sumamente frágil e inerme ante la colonización de nuevas experiencias a través de la configuración de diseños banales de "expectativas culturales", desprovistos a priori de cualquier capacidad transformadora.

## CULTURA Y PATRIMONIO

Hasta hace unas décadas parecían patentes las diferencias entre ambos conceptos, especialmente porque se tenía la sensación de que el tiempo era el factor que los diferenciaba. Sólo cuando un hecho o elemento cultural era confirmado como tal con el paso de los años venía a entenderse como un bien patrimonial. Sin embargo estas circunstancias han cambiado en la sociedad contemporánea, de tal suerte que aquello que ocurre o se realiza en el presente, si es considerado como portador de valores culturales simultáneamente se conforma en patrimonio. Las imágenes de un evento singular ocurrido hace unas horas se convierten de inmediato en un elemento protegible y quiero insistir en la importancia que la imagen adquiere como elemento patrimonial en nuestros días, precisamente porque mi incorporación como Académico de Número de esta reconocida Institución se ha realizado en su sección de "Imagen" que en la actualidad adquiere, como la inmensa mayoría de los elementos patrimoniales, no sólo una mayor proximidad sino también una mayor amplitud.

Sin embargo, ha sido la incorporación como valores patrimoniales de los bienes inmateriales lo que ha desarrollado nuevos conceptos que proporcionan a la totalidad de los conjuntos o elementos culturales una sucesión de valores añadidos. Las tradiciones, la escala de valores y las creencias configuran una parte sustancial del imaginario colectivo de las sociedades a las que pertenecen, porque forman parte de un modo común de comprender el mundo convirtiéndose en elementos identitarios y de cohesión social que explica gran parte de las relaciones entre los individuos de una misma área de convivencia. La incorporación a este ámbito del conocimiento de los estudios de la antropología social ha sido esclarecedora y en muchos casos determinante, porque el conocimiento científico de la evolución histórica de este conjunto de imaginarios se conforma como sustrato sumamente conveniente para esclarecer el presente.

Sin embargo, el conjunto de valores desarrollados por medio de la constatación de los bienes inmateriales no termina en su propia comprensión. Inicialmente hemos de asumir como lo hizo la UNESCO en su reciente conferencia de octubre de 2003 que el bien inmaterial más importante de un colectivo

social es el idioma y no sólo por su capacidad como elemento para la relación –que puede ser fácilmente sustituida–, sino especialmente por los valores identitarios que conlleva. El idioma forma parte del conjunto de sistemas a través de los cuales comprendemos el mundo, incluso es con mucha frecuencia un vehículo imprescindible para aproximarnos a lo trascendente.

En las culturas menos desarrolladas en las que la escritura es casi inexistente o en aquellas en las que la lectura se halla mínimamente implantada, la pervivencia del idioma puede posibilitar su supervivencia, porque son sus variables aquellas que determinan el sentido de las cosas. Pero también en las sociedades desarrolladas el idioma se convierte en el sistema necesario para reconocer sus peculiaridades propias, aquellas que permiten el arraigo compatible con la mutua comprensión y con el respeto compartido.

La importancia de los bienes inmateriales ha inferido también sobre aquellos tradicionalmente reconocidos en el ámbito del patrimonio, incorporando sobre estos una renovación de sus valores identitarios. El desarrollo de las investigaciones arqueológicas, históricas y artísticas han permitido una nueva visión acerca del patrimonio mueble e inmueble al descubrirnos su comportamiento como partícipe de la historia. Es a través de su presencia, de sus evoluciones y de sus testimonios como somos capaces de aproximarnos a la comprensión de los antecedentes de un determinado colectivo social cuya manera de articularse tiene mucho que ver con sus precedentes y cuyas singularidades deben compatibilizarse con una sociedad globalizada. La mundialización puede intervenir en una difusión homogeneizadora de determinados valores, pero bien administrada puede actuar en un sentido también contrario: es decir en la difusión generalizada de aquellas particularidades existentes y probablemente este es uno de los retos ante los que en la actualidad nos encontramos.

Hace unas décadas se interpretaba que el mayor peligro que padecían los objetos artísticos y patrimoniales era el proceso de su "cosificación". Es decir su transformación en mercancía, en elementos para el intercambio económico y para la obtención de plusvalías. Este extendido criterio desarrolló la existencia de ferias de arte y de anticuarios, en las que el trueque determinaba la importancia que la sociedad otorgaba

a cada uno de sus objetos. Ni que decir tiene que el interés primordial de los artistas era integrarse en el mercado, en el que cuando se alcanzaba una determinada notoriedad la protección estaba asegurada por lo que se dio en llamar "institución arte" como conjunto de factores que intervenían en el estado de las cosas. Esta protección –de la que participaban, teóricos, galeristas, museos, fundaciones e instituciones diversas– configuraba un sistema que se retroalimentaba a sí mismo incrementando con sus aportaciones sucesivas su prestigio y sus ganancias. Claro está que este sistema persiste en la actualidad, pero del mismo se han visto desprendidos determinados de sus componentes, especialmente sus teóricos, porque sus explicaciones ya no sirven para justificar el objeto que aunque inextricable se inserta autónomamente en el mercado sin explicación alguna. Este hecho no es el fruto de la gratuidad de aquellas disertaciones enjundiosas, sino de la circunstancia de que en la actualidad la sociedad –a fuerza de suplantar sus necesidades por otras– ya no requiere de sus contenidos, especialmente porque de ellos no se deriva el incremento exponencial de su valor-precio.

Pero esta circunstancia perfectamente perceptible en el espacio del arte moderno se da de un modo contrapuesto al considerar los valores patrimoniales de cualquiera de los bienes que lo configuran, ya sean materiales o inmateriales en los que el incremento de su conocimiento determina un aumento de valor. Nunca como ahora los restos de un edificio necesitan de una justificación teórica para convertirse en valores. En unas circunstancias porque a través de su conocimiento se transforman en piezas significantes, pero en otras porque paralelamente a ello pueden inducir riqueza.

Cuando la facilidad para los desplazamientos permite traslados masivos en demanda de experiencias históricas o estéticas, el patrimonio incorpora nuevos precios sociales a aquellos que previamente poseía vinculados al conocimiento de las costumbres o de los acontecimientos. La inversión de estos intereses se ha producido de un modo radical en nuestro país en los últimos cincuenta años. Hace medio siglo determinados monasterios que se mantenían como propiedad privada eran destruidos sistemáticamente para reutilizar su cantería, y sus claustros aterrados para convertirlos en campos de cultivo. En nuestros días el cambio perceptivo es determinante y todas las colectividades reclaman inversiones en su favor

lo que determina de una parte el incremento de la formación cultural de los ciudadanos, pero de otra un cambio en la dirección de sus intereses. Sin embargo no todos los elementos patrimoniales gozan de semejante privilegio. No poseen el mismo aprecio los monumentos reconocibles que los elementos etnológicos y entre ellos no adquiere el mismo significado un conjunto de molinos que su sistema de riego.

Nos encontramos en un ámbito de sumo interés. Entendemos indiferenciable lo que asumimos como "cultura" de aquello a lo que denominamos "patrimonio" y participamos de un espacio globalizado en el que ambos conceptos deben determinar valores compartidos especialmente aquellos relacionados con la propia identidad y con la propia existencia. Sin embargo, en ambos casos, el reto al que nos enfrentamos es al olvido de la banalidad y del espectáculo para recuperar definitivamente la lectura a través de la intensidad en la experiencia. Una intensidad que profundice en el conocimiento y en la percepción para que a su través pertenezcamos definitivamente al grupo de los integrados.

## PATRIMONIO Y GLOBALIZACIÓN

Previamente hemos tenido oportunidad de referirnos a aquellos aspectos que proporcionan una especial importancia al patrimonio en el ámbito de la intercomunicación globalizada. En este punto vamos a incidir sobre dos aspectos que personalmente considero de gran importancia. El primero de ellos es la conciencia acerca del patrimonio cultural.

Los criterios acerca del patrimonio han variado a lo largo de los siglos, pero sabemos que ya en la prehistoria determinados objetos adquirían valores simbólicos o suntuarios siendo por lo tanto apreciados por las colectividades a las que pertenecían. Estas circunstancias de aprecio que se han mantenido con muy distintas variables a lo largo de la historia y alcanzado el siglo XXI, no podemos considerar que exista una conciencia generalizada al respecto. Entretanto las sociedades occidentales han promulgado legislaciones muy concretas de protección del mismo, existen otras que por el contrario tienen una gran fragilidad lo que les impide adquirir una conciencia sólida respecto al mismo. Así, las colectividades africanas, cuyas culturas están basadas en una tradición oral y son seguidoras de religiones

animistas, están dispuestas a un mayor peligro de invasión cultural, entre otras cuestiones por la escasez de recursos económicos y por la fragmentación de sus propias estructuras. Esto está permitiendo una enorme pérdida patrimonial, no sólo por la desaparición de numerosos de sus componentes valiosos como sus lenguas propias sino también por el desplazamiento de sus valores. La transformación y reconversión de estas culturas a religiones monoteístas permiten la desconsideración de sus antiguos elementos totémicos que son adquiridos por coleccionistas occidentales desconociendo sus contenidos y cuyos significados quedan perdidos para la historia de la humanidad al no estar acompañados de signos interpretativos con suficientes matices. Una lectura ajena a sus valores es un desplazamiento al mismo tiempo que una pérdida irreparable, aunque el objeto permanezca.

Los elementos de seducción que la sociedad globalizada proporciona a las colectividades frágiles son enormes, por ello la UNESCO está preparando un documento internacional al respecto en el que se pretende extender no sólo la protección sino también la conciencia acerca de estos valores que inicialmente pertenecen a las colectividades que los han generado pero que también forman parte del propio patrimonio de la humanidad.

Un segundo aspecto que va a ser motivo controversias en las próximas décadas es aquel relativo al patrimonio multicultural alojado en las sociedades

más desarrolladas. La inmigración masiva es un hecho social que se va a prolongar durante las próximas décadas en numerosos casos los desplazamientos legales llevan implícitos traslados culturales significativos, pero también los ilegales que llegarán a implantarse como grupos inicialmente marginales pero con el paso del tiempo progresivamente integrados. Estas circunstancias contemporáneas nos llevan a tomar en consideración numerosos aspectos de un fenómeno que caminará desde la mixtura y la hibridación hasta la existencia de minorías integradas desde la legalidad pero poseedoras de parcelas patrimoniales aisladas especialmente portadoras de bienes inmateriales. Los contrastes hegemónicos pueden producir fracturas que deberán ser evitadas desde el diálogo y la tolerancia.

A mi juicio el intercambio cultural de la sociedad de la que formamos parte va a ser muy enriquecedor. Hoy en día sabemos que el ser humano es el mismo en todo el orbe y que nuestras diferencias radican en la trayectoria que hemos recorrido hasta encontrarnos aquí. Por vez primera hemos adquirido la conciencia de esta igualdad y ello debe permitir la tolerancia y la coexistencia. Este es el reto del siglo XXI y el gran éxito del mismo será el de la lucha común para que estas igualdades sean una verdadera realidad. Una vez alcanzados estos valores los distintos patrimonios podrán ser considerados como la propiedad de todos y nuestros hijos disfrutará entonces de una historia verdaderamente compartida.